

*María Zambrano en la senda
de la historia de España.
Los surcos discontinuos*

*Discontinuous Tracks: María Zambrano
on the Pathway of Spain's History.*

JOSÉ LUIS MORA GARCÍA

Universidad Autónoma de Madrid
jose.mora@uam.es

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2020.25.001>
Bajo Palabra. II Época. N°25. Pgs: 31-54



Resumen

Este artículo es una reflexión sobre el fondo que alimenta toda la filosofía de María Zambrano: el ansia de unidad. Se trata de un fondo alimentado por su propia alma tanto como por su estudio sobre la filosofía moderna y la historia de España y Europa, principalmente. Biografía y reflexión se entrelazan para superar el fracaso y crear una razón que sea base de la esperanza. Esta propuesta humanista recorre toda la obra de Zambrano y para conseguirlo no dudó en transitar por surcos discontinuos.

Palabras clave: Razón, Historia, Fracaso, Esperanza, España, Europa.

Abstract

This article is a reflection on the background that feeds the entire philosophy of María Zambrano: the desire for unity. It is a background that is fed by her own soul as well as by her study of modern philosophy and the history, principally, of Spain and Europe. Biography and reflection intertwine to overcome failure and create a form of reason that is the basis of hope. This humanist proposal runs through all of Zambrano's work and, to fulfil it, she did not hesitate to travel along discontinuous tracks.

Keywords: Reason, History, Failure, Hope, Spain, Europe.

Me corresponde, en la medida de mis capacidades, ofrecer una semblanza o una primera aproximación a la figura de la pensadora a la que dedicamos el Coloquio de carácter internacional en la Real Academia de España en Roma (15 y 16 de febrero de 2019): María Zambrano, nacida en tierras del sur de España y “romana” de adopción por propia voluntad, después de que le fuera usurpada la voluntad propia.

Siendo todavía niña había viajado con sus padres hacia el centro de la península ibérica y desde allí tuvo tiempo de mirar en todas direcciones. Luego América y de nuevo Europa. En alguna de esas miradas se cruzó con dos autores bien distintos pero imprescindibles y a ambos los necesitó para sustentar su tránsito por esos surcos no solo discontinuos sino entrecruzados que han marcado la historia de España tal como ella la tenía en su retina. Me refiero, claro está, a Menéndez Pelayo a quien menciona en un buen puñado de ocasiones como agradecimiento por haberle descubierto a los heterodoxos, esos disidentes sin los cuales no es posible la reconstrucción de una unidad duradera que ella trató de reconstruir con un carácter bien distinto a las fundadas en España bajo el signo teocrático y en Europa bajo el signo del absolutismo; y a Benito Pérez Galdós, aquel canario, don del océano, que se le había hecho tan próximo una vez comprobado que le había quitado el veneno a la literatura y le había hecho pensar en el valor del pueblo, esa categoría tan denostada por positivistas y marxistas y luego por estructuralistas y, sin embargo, determinante en la conformación de la deseada unidad que no fuera excluyente. Y ambos, claro está, la habían convencido de que la historia es el lugar del hombre. Y que este convencimiento la obligaba a reflexionar a fondo sobre los modelos de racionalidad filosófica pues no son tan fáciles las relaciones entre filosofía e historia sino más bien lo contrario. Están trazadas a manera de surcos como los que transitaban los labradores hincando el arado.

La metáfora del surco nos la proporciona la propia María Zambrano y no en cualquier lugar sino en un breve artículo de *Hora de España*. Me refiero a “El español y su tradición”¹, escrito casi con seguridad nada más regresar de Chile, cuando ella misma se había esforzado, durante su estancia en la nación americana, en reconstruir la tradición rota por el golpe de los militares. Sobre el valor del esfuerzo realizado en

¹ Zambrano, M., “El español y su tradición”, *Hora de España*, IV, 1937, pp. 23-27 recogido en la edición de Jesús Moreno: Zambrano, M., *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid, Trotta, 1998, pp. 139-143.

la editorial Panorama ya se ha escrito y su significado puede verse en el prólogo que Zambrano puso a su edición de Lorca y a “Los poetas chilenos de *Madre España*”. Solo recordaré ahora que muestra, ya en esas fechas tempranas, tener clara la ambivalencia de lo que significaba la conciencia histórica porque había comprobado que podía ser utilizada de manera sincera o malintencionada, no solo por la apropiación del pasado —clave del fascismo— sino por la inconsciencia respecto de las consecuencias en la construcción del porvenir. Ella estaba convencida de que “el pueblo español con sus infinitas reservas morales y sentimentales, humanas, con sus tres siglos por lo menos de barbecho, constituye hoy, en el viejo mundo, el germen poderoso, el renacimiento de un mundo nuevo”². Mas recuperar esas reservas para que fueran base de la libertad requeriría de condiciones filosóficas y políticas bien distintas de las que habían provocado la guerra. Analizar las causas era hacerse con las circunstancias que la habían devorado, como escribirá años después en esa semiconfesión en voz alta que es *Delirio y Destino*³. Fue a su regreso, en el artículo mencionado, cuando, a propósito de la reflexión sobre la historia trastocada —más adelante escribiría sobre la desidia ante esa misma historia—, mostró ya la urgencia de su reconstrucción, mas no de cualquiera sino solo de la que consiguiera superar la falsificación. Es ahí donde se refiere a la necesidad de tener en cuenta el surco —yo lo añado en plural— pues el surco, la tierra, es un referente inexcusable como lugar donde quedan las huellas. “La huella de ahora —con estas palabras cierra su artículo— es surco que penetra tan hondo en la naturaleza humana que alumbra zonas casi inéditas del hombre, aunque profetizadas y presentadas. Una nueva revelación humana que nos hace a todos reconciliarnos con la vida a través del sufrimiento y de la muerte”⁴. Seguramente, la obra toda de Zambrano, tan vinculada a su propia biografía, a la historia de España y aun de Europa, con la de América al fondo, es una invitación o, más que invitación, un mandato a recorrer esos surcos donde están las huellas. Pero “alumbrar zonas casi inéditas de la naturaleza humana” requiere de todos los instrumentos precisos, como si fuéramos arqueólogos, ya que se trata, ni más ni menos, que de la reconciliación con la vida tras haber experimentado una forma de fracaso que no se contrapone al éxito como suele considerarse, pues no es propiamente una derrota, sino a la lucidez de hallar esperanza de un mundo mejor que viene exigida, en términos históricos, por la conciencia misma del fracaso. El acento se pone, por consiguiente, en la conciencia que desentraña el fracaso y no en la parálisis que produciría ensimismarse en él.

² V. Sánchez Cuervo, A. y Hernández Toledo, S. “La estancia de María Zambrano en Chile”, *Universum*, 29, n. 1, 2014, pp. 125-137.

³ Zambrano, M., *Delirio y destino*, O.C., VI, ed. Jesús Moreno, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2014, pp. 843-1098.

⁴ Zambrano, M., “El español y su tradición”, op. cit., p. 143.

Esta idea de la apropiación de lo otro, en este caso del fracaso como manera de fundamentar la esperanza, es la idea fundamental desde sus comienzos, desarrollada como en espiral a lo largo de su obra. La metáfora del surco nos sitúa en el ámbito de la historia, lugar y tiempo trabajosos y aún dolorosos de la experiencia humana. Esto lo supo también pronto nuestra autora. Por tanto, ni esencialización ni estetización de la historia. Su pensamiento ni es esencialista ni esteticista. Conviene repetirlo para superar este tópico. No podía serlo ni, claro está, podía situarse más allá de la filosofía. Sencillamente, la filosofía es un saber imprescindible en la tarea que se propuso, pero en esa toma de conciencia se vio obligada a reconocer su naturaleza problemática desde sus orígenes, igualmente históricos.

Como ella misma señala, todo fue más o menos sencillo en tanto el modelo fue la realidad física o el lenguaje matemático, pero cuando se tomó conciencia de que el ámbito donde el hombre se juega la reconciliación con la vida es en la historia, y que tenemos conciencia de que esta no ha sido aún realizada, todo se tornó mucho más difícil. Se dio cuenta, entonces, de que era preciso un pensamiento negativo, a la contra, transitando por surcos discontinuos, aunque se vieran amenazadas las leyes de la lógica, sobre todo el principio de no contradicción. La filosofía, pues, tal como se había concebido desde el tiempo clásico se veía problematizada por la realidad a la que trataba de dar orden. En verdad, no propiamente la filosofía como forma de saber, es decir, la razón a la que estaba seguro no podía renunciarse, sino la forma inevitablemente histórica de ejercerla, incluida la practicada durante los últimos siglos. Y en ese problema estaba la propia historia de España, si bien no exactamente por las mismas circunstancias que los países próximos, como lo había vivido cuando apenas ella tenía diez años (1914) y experimentaría más radicalmente cuando se acercaba a los cuarenta. En uno y otro ámbito, el sufrimiento y la muerte eran sencilla y brutalmente realidades, no conceptos. Esas realidades eran generadas por la apropiación de la verdad, incluida la que se consideraba científica, como la superioridad de unos frente a otros en términos raciales; o por la verdad religiosa, en términos de conversión en dogma y religión de Estado; o por la conversión de ambas en conceptos filosóficos. Y así, la filosofía había quedado implicada en la base del fracaso pues la muerte violenta es siempre fracaso y fracaso era, también, el exilio.

A la filosofía, entonces, le quedaba como misión —palabra orteguiana que remite al sentido común que proporcionan la enseñanza y sus instituciones, la universidad principalmente— recuperar la esperanza, mas no ya como virtud teologal sino como virtud histórica o civil, capaz de construir una unidad que excluyera toda concepción totalitaria. Era la encrucijada ante la que se encontraba: si bien la filosofía había quedado implicada en el fracaso, no, por ello dejaba de ser el único saber capaz de superarlo. He ahí su doble rostro reflejado en la mirada casi enigmática de esta pen-

sadora y en las huellas que, a manera de surcos, fueron hundiendo su piel. Ambos eran resultado de tomar conciencia de que era precisa una filosofía que tuviera en cuenta las lecciones de la historia y no solo las reglas del discurso. Creo que solo desde aquí puede entenderse el pensamiento de esta filósofa que nos ha legado, por igual, sus experiencias del fracaso, y su recia voluntad por afrontarlo.

Podemos entender que su propuesta no fuera, no podía ser, la escritura de manuales, de libros de gabinete, de filosofía para ser enseñada desde la neutralidad del análisis del discurso. Esto corresponde al proceso en que se legitima un modelo de orden, pero Zambrano estaba, precisamente, frente a los modelos de orden ya legitimados que habían conducido a la confrontación y, por otro, se hallaba en un estadio de gran duda, aunque durante años coincidente en el tiempo con los que se han construido desde el final de la segunda gran guerra.

El estadio en el cual nos encontramos ahora, para entender la naturaleza de la crisis, corresponde a este otro tiempo. Muchas cosas pueden aprenderse del pensamiento zambrano, pero ahora nos corresponde a nosotros analizarlas en estas nuevas circunstancias. Quizá Zambrano esté dejando de ser contemporánea nuestra y al ocupar lugar ya como pensadora clásica, su influencia debe ser estudiada en el plano de la recepción y de la vigencia por cuanto la lectura de sus textos adquiere una dimensión menos pegada a la minucia, aunque no podamos olvidar las circunstancias que sirvieron de suelo a su vida y su obra, pasajeras ellas mismas, para tener claros los límites en que debe ser entendida.

Así pues, hablamos de una filosofía que, por su propio periodo histórico, está exigida por la necesidad de afrontar la problemática unidad, añorada por la filosofía como saber, en la medida en que hemos llegado a sostener que la vida humana la necesita. Así lo hemos leído en los libros, desde los textos fundacionales de los griegos y desde la refundación en el siglo xvii hasta su reelaboración en el siglo xviii, siglo que se tiene por privilegiado para la filosofía. Problemática unidad ya detectada por el Romanticismo y luego por el Modernismo, mas restaurada provisionalmente por la generación de la Escuela Nueva, los educadores europeos del 14, que se apoyaron en el gran desarrollo de las ciencias sociales para proponerlo. Que lo fue de manera más frágil de cómo ellos pensaron lo sabemos porque jugamos con la ventaja de conocer qué ha sucedido después. Zambrano pertenece a la generación que participó de ese proyecto de consolidación y, por edad, se dio de bruces con el fracaso de ese proyecto precisamente, cuando alcanzaba la edad adulta. Las palabras puestas en mayúscula en el manifiesto de la Generación de 1929: VERDAD Y CONVICCIÓN⁵ recono-

⁵ Díez Fernández, C., "Proclama de la Generación del 29", *Castidad, Impulso, Deseo*, Madrid, Nueva Generación, 1930, pp. 7-10.

cían que las circunstancias, siempre las circunstancias, esas realidades efímeras que se creían accidentales, venían a ser la verdadera sustancia de la vida humana.

Nos lo habían dicho indirectamente —no lo podían decir de otra manera— pensadores como Gracián en el siglo XVII. Eran esas circunstancias las que les obligaban a ser la “generación del toro”, como ella misma nos dice, sacrificada en la arena. Mas no solo por ser española —la generación o ramillete de generaciones— sino por serlo europea también. América, con la que se encontró más tarde, para ella quedó siempre al fondo. Pudo no ser así, pudo ser su alternativa como lo era por esos años para Carpentier, pero no lo fue o no lo fue del todo. La reconstrucción de las naves en su texto “Isla de Puerto Rico”⁶ no era posible en ese momento de tensiones entre los tres o cuatro grupos que operaban en la vida política de la isla. Mas si la cosa hubiera quedado aquí su filosofía hubiera estado circunscrita al ámbito biográfico y podría ser leída a modo de novela o similar con mayor o menor interés. Pero lo importante de la obra de María Zambrano es que afronta —a ello me he referido en un reciente artículo⁷— la relación entre los deseos de unidad y la naturaleza del fracaso, ofreciendo una salida que pretende tener una dimensión tan amplia como quiera aceptarse, desde luego mucho más amplia que la puramente individual. Ya se sabe que nos dijo que la sangre también puede universalizarse como se universaliza lo local, lo dijo ella también, aunque apostillara que “a su manera”.

Si Ortega estaba al fondo de estas afirmaciones, quizá más lo estaba Unamuno pues, junto a las circunstancias, el individuo forma parte de los singulares tan inevitables como problemáticos en la construcción de un pensamiento digamos universal. Estas consideraciones configuran el largo proceso que consumó su reflexión buscando una salida que mostrara, decíamos, la relación que se establece entre la verdad y la esperanza como dos valores convertidos en conceptos —de ahí que hablemos de filosofía— pero no como conceptos congelados sino en su pura dimensión histórica. Aquel esfuerzo suyo nos ha obligado a nosotros a seguir los surcos que ella trazó con su arado, para, manteniendo el pulso, saber cómo debemos hacerlo nosotros. Aquí reside la razón última, en buena medida, por la cual Zambrano es tan leída y tanto o más por filósofos como por quienes no ejercen esta profesión, pero saben que la filosofía es imprescindible.

Tres son los planos, a veces autónomos, a veces sobrepuestos, que interactúan en la vida de María Zambrano y en la construcción de su pensamiento cuyo análisis sirve para ver los elementos que lo componen. El primero lo conforman aquellos que pertenecen a lo aprendido en su casa antes que en otro lugar. Se transformaron

⁶ Zambrano, M., “Isla de Puerto Rico”, O.C., ed. Jesús Moreno, v. II, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2016, pp. 31-51. Publicado inicialmente en La Habana, 1940.

⁷ Mora García, J.L., “María Zambrano. Una filosofía para afrontar el fracaso”, *Aurora*, 16 (2015), pp. 52-64.

en deseos o fines de la vida misma, toda una herencia de carácter familiar que viene de lejos, micromundo que se concentra en la figura paterna, clave, creo yo, para entender la tensión que se vislumbra siempre en la letra, en la manuscrita o incluso en la tipográfica, aunque haya pasado por la imprenta, especialmente cuando se refiere a ese padre omnipresente. Esta tensión permaneció a lo largo de su vida y eso le provocó que no pudiera renunciar a bajar hasta las entrañas, las propias y las ajenas como hace el agua que purifica en su discurrir hacia el mar. Esto hace del pensamiento un riesgo, no solo como el que corre el arqueólogo que puede romper algo y con ello hacer irreconocible un dato histórico o puede dañarse a sí mismo levemente; sino como el espeleólogo que puede quedar atrapado y sin luz y no encontrar salida. Ahí puede faltarle el oxígeno, es decir, se puede quebrar la vida misma precisamente cuando se indaga en el principio que la rige. En este camino la figura de su padre fue obsesiva en ella y buena parte de su visión de las cosas, las materiales y las espirituales, fueron vistas a través de esa figura paterna tan próxima, tan interesante como compleja.

Sería muy largo exponer aquí todo este bagaje que esconde la vida y la obra de María Zambrano. Quedémonos en que es muy importante por cuanto marcó una forma de ver la vida, de aproximarse a ella, y que se alteró poco a lo largo del tiempo. En esa primera experiencia habría quedado consolidada una concepción triádica, a la manera religiosa, según la cual en el origen hay ya una perfección cuyo carácter habremos de desentrañar para hacerlo desarrollable. En el caso de su padre la transmisión del valor de la civilización griega fue muy evidente como puede leerse ahora en la lección de inauguración del curso 1910-1911 en Segovia publicado recientemente⁸. Pero, además, hay claves que provienen del propio origen familiar paterno que conocemos por relatos del propio don Blas, por las biografías publicadas y por unas memorias escritas por Soledad Zambrano, prima de la propia María, que permanecen inéditas⁹. En todas ellas encontramos elementos que refieren a los orígenes hijodalgos de la familia, vinculados a la propiedad de las tierras y a una forma de espiritualidad más próxima a San Agustín que a Santo Tomás, muy unida a la tradición del sur extremeño donde la transmisión oral pesó más que la escrita. Basta recorrer esa tierra que conduce a la sierra de Aracena para comprobarlo. Un

⁸ Zambrano, B., *El arte de resumir. Resumen de la Historia del pueblo griego. Discurso de apertura del curso académico 1910-1911*, introducción, edición y notas de Luis Miguel Pino, prólogo de José Luis Mora, Madrid, Ed. Clásicas, 2015.

⁹ Zambrano Godoy, S., *Mis vivencias, anécdotas y recuerdos familiares* (Inédito). El libro se abre con esta frase del abuelo materno, Diego Godoy: “Anhelamos saber en qué consiste la vejez, ¿en el estado de las arterias, ¿en el desgaste del organismo? No. Se es viejo y se siente uno viejo cuando los recuerdos sustituyen a las esperanzas, cuando en lugar del porvenir se mira al pasado, cuando se difuminan las perspectivas y rememoramos el pasado.” Con seguridad, en el pensamiento zambrano permaneció esa doble mirada.

origen, pues, basado en un modelo que daba unidad a la propia familia, un punto aristocratizante que no perdieron sus miembros, creo que nunca.

Pero sabemos que la familia sufrió una quiebra. Si en el plano espiritual puede ser producida por la caída, el pecado o el complejo de culpa, en el material lo causa el empobrecimiento. Ser maestro de escuela era, entonces, propio de las clases populares. Moverse por los pueblos andaluces era duro por el aislamiento, el peso de los señoritos y los caciques. En toda la obra de su padre y aun del abuelo hay mucha literatura sobre esa “caída” cuando tomaron conciencia de las condiciones de vida del “pueblo”, es decir, de la clase obrera. La incorporación de don Blas al partido de Salmerón, el aprecio por Castelar, la pertenencia a la agrupación obrera “La Obra” en Granada tuvieron continuación en vida de María, sobre todo en Segovia donde su padre llegó a ser presidente de la agrupación socialista y donde desarrolló una importante labor docente y cultural durante los años en que su hija era estudiante de bachillerato y de la universidad cuyos estudios cursó desde la propia ciudad castellana. No es el lugar de recordar la producción de Blas que es verdaderamente notable, desde la apuesta por la Sociología como ciencia que aprendió a valorar de la mano de Sales y Ferré hasta su aprecio por la lengua y los valores educativos como base de la reconstitución nacional, todo un proyecto que le llevó a escribir mucho más de lo que su hija nos dejó dicho y promover o estar presente en actividades sociales y políticas.

Fue, pues, don Blas quien ya había tomado conciencia de que había que reconstruir la unidad perdida y que debía comenzarse, como dirá su hija refiriéndose a su propio padre, en conseguir que el significado de las palabras coincida con las cosas nombradas, en una secuencia que comienza en la ciudad, lo próximo; pasa por la región y la nación, lo intermedio; y se extiende a Europa y a la Humanidad, lo más universal. Hacer ciudad lo llamaban porque solo en la ciudad el hombre puede realizarse entero. Se trataba de una actividad política en el sentido político del término: donde se pone ciudad, pónganse España y Europa. Mucho escribió este maestro, su padre, de Lengua, Psicología, Política, Educación, de Historia... Precisamente con una Historia de España que no llegó a publicarse concluyó sus tareas pocos años antes de morir. Y mucho leyó. Amigo de Unamuno, al mantenimiento de su familia contribuían durante los años del destierro los profesores del instituto y seguramente profesores de las Normales y maestros segovianos, entre ellos el propio don Blas; estaba suscrito a la colección filosófica (Biblioteca Económica Filosófica) que dirigía Zozaya, luego a *Revista de Occidente* y a otras revistas. Sorprende aún ver los restos de la biblioteca que conservaban en un pueblo perdido en la meseta: Fuente el Olmo de Fuentidueña. Tiempos en que los maestros leían a los filósofos y estos atendían a lo que hacían los maestros¹⁰.

¹⁰ Zambrano, B., *Artículos, relatos y otros artículos*, ed. de José Luis Mora, Badajoz, Diputación, 1998.

Mas al final la sensación fue de fracaso. Sus últimos años fueron de silencio bajo el peso de una amargura que expresa el título de un relato que ha llegado a nosotros incompleto: “Columnas rotas”, fracaso del ideal que pugna por realizarse en condiciones históricas siempre de adversidad. Unos cuarenta años debía tener cuando escribió lo siguiente:

Es triste haber sido amator de lo absoluto, místico de la verdad... haber sentido, exaltado y conocido entusiasmo al estudiar las fórmulas científicas y al creer que descifraba palabras que aspiran a decirlo todo... y haber sentido luego los estremecimientos dolorosos del que arrancan una a una las plumas de sus alas que iban cayendo en la sima sin fondo de la duda, símbolos consoladores... Es haber entonado en nuestra alma un “magnificar” al progreso del hombre y saber luego que hay unas cosas horribles –degeneración, herencia mórbida, criminalismo nato...¹¹

Por los cincuenta andaba cuando escribió cosas como las siguientes:

“¿Será real lo ideal? Sin que lo que vamos a decir se pueda sustentar como una razón científica, sí lo es, y formidable, en el orden moral. ¿No sería un absurdo inexplicable y una fuerza que contradiría la ley fundamental armónica, de universal vigencia, que el hombre sienta anhelos de perfección, que crea en la sustantividad del bien, en la verificación de la verdad lógica en la realidad de la belleza y que no exista sino el mundo mecánico? ¿que los conceptos de libertad, justicia, magnanimidad... sean lamentables equivocaciones, sin otra correspondencia que unas sombras proyectadas por la nada y las acciones que el amor a esos conceptos engendra, ridículas actitudes de la imbecilidad crédula y confiada?”¹²

“¿Y qué es la poesía, sino la intuición espiritual, henchida de emoción? Filosofía irracional, pudiera llamarse la poesía. Pero hay que tener en cuenta que lo irracional puede ser suprarracional. ¿Y no es verdad, aunque sea poesía —o porque es poesía— que la cultura en cuanto a su intención laborante es la religión de la humanidad consigo misma y para sí misma?”¹³

“La filosofía camina, rápidamente, hacia la unidad. Se está formando un sincretismo filosófico. Hoy no puede hablarse de filosofía, actual, alemana ni inglesa. Y como las ideas que más unen a los hombres son siempre las más elevadas; las que favorecen nuestra ansia innata de certeza en el conocimiento, perdurabilidad de las personas individuales y perennidad de algo supremo, y como a tales afirmaciones parece que va la *Filosofía*, esta tiene ante sí un porvenir magnífico, espléndido, de eficacia inmensa. Figúrese Ud. los resultados que esa unidad filosófica puede importar”¹⁴.

¹¹ Mora García, J.L., “Una novela desconocida de Blas Zambrano: *Columnas Rotas*”, *Actas del III Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano: María Zambrano y la “Edad de plata” de la cultura española (1998)*, Vélez Málaga, Fundación María Zambrano, 2004, pp. 276-284.

¹² Zambrano, B., *Artículos...*, p. 412.

¹³ *Ibid.*, p. 414.

¹⁴ *Ibid.*, p. 451.

A pesar de todo, el pesimismo no deviene en derrota sino en voluntad de superación. No sé si en su padre pudiera hablarse de esperanza propiamente hablando. Quizá esta transformación corresponde atribuirla a su hija, constatado el fracaso paterno bajo el peso de las columnas rotas. En muchas ocasiones escribió sobre él como bien sabemos. Cito aquí solamente este párrafo de la carta a Cobos (23/3/1967) porque enlaza con el segundo de los planos al que me referiré a continuación:

Gran parte de mi meditación sobre lo español especialmente tiene como centro y no solo como origen, el entender a mi padre, el querer reconstruirlo desde adentro, el querer encontrar un lugar del pensamiento, del alma, de religión donde su pensamiento hubiese podido encontrar forma objetiva, perdurable. Sé que no le ocurrió eso —eso que a él le ocurrió— solo a él; sé que es algo de la tradición española desde que España se constituyese en estado. El que el pensamiento de esa clase o especie de personas no haya llegado a encontrar forma adecuada en el pensamiento occidental, es parejo a que, en España, como vida, como sociedad, como estado no la haya encontrado tampoco.¹⁵

Dejo aparte la carta escrita desde La Habana el 1 de enero de 1946 que encierra otras claves de tipo más familiar y afectivo pero que ratifica lo dicho. La referencia a su padre termina con las siguientes palabras: “que sienta que, ya que casi todo le falló en su propia vida, su hija no le ha fallado”. Esto por lo que atiende a la experiencia del fracaso por superar pues a continuación añade sobre ella misma:

Para mi no hay sitio en ninguna parte... [...] Y a partir de esa verdad de que para mi no hay sitio en este mundo, considero prodigioso todo lo que he logrado: vivir con decoro sin haber caído en la miseria un solo día, sin haber tenido que hacer demasiadas concesiones, aunque algunas he hecho... Porque lo curioso es que eso mío que no es de este mundo es lo que me ha servido para sostenernos. Cuando lo pienso me parece algo increíble.¹⁶

Imposible, podría decirse, escribir sobre el dolor si a uno no le han dolido las muelas. Se nota mucho cuando se escribe sin la previa experiencia de lo escrito. Mas esto es lo que no sucede en el pensamiento zambrano, pues, aunque lejos de regodearse en el dolor y su justificación, su reflexión nos conduce a considerarlo como una forma, o una dimensión, de la existencia humana. Esto sí. Alguna vez he pensado que debería interpretarse buena parte de lo escrito por Zambrano desde su experiencia de

¹⁵ Andrés Cobos, S. y Mora, J.L. (eds). *De ley y de corazón. María Zambrano Alarcón. Pablo de Andrés. Cartas (1957-1976)*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2011, pp. 128-129. Las negritas son mías.

¹⁶ Zambrano, M., *El exilio como patria*, ed., introducción y notas de Juan Fernando Ortega Muñoz, Barcelona, Anthropos, 2014, p. 17.

la enfermedad, las largas enfermedades por las que pasó por “culpa”, seguramente, de la insalubre zona donde se ubicaba la casa donde terminó viviendo en Segovia.

Así pues, el primer plano sería la experiencia familiar que aquí hemos circunscrito a la figura paterna sobre la que más datos poseemos. Algo sabemos de la figura materna pero menos¹⁷.

En el segundo plano, asido al primero, hemos de situar aquellos elementos que pertenecen a la historia de España. La secuencia siempre es de lo particular a lo general: familia, ciudad, nación, humanidad. Probablemente proyectó parte de su experiencia a la visión sobre España: la misma tensión entre la presumible realidad de los ideales y su confrontación con la realidad histórica. Sobre España comenzó a pensar sin descanso desde sus años de universidad, al mismo tiempo que escuchaba en la Universidad Popular de Segovia a García Morente, a Unamuno, a Américo Castro, a D’Ors y a otros, hablar precisamente sobre España, su propia historia y el lugar en la historia vista desde fuera de ella misma. En otros foros tuvo ocasión de escuchar a Besteiro y a Luzuriaga... Alimentado este marco por la literatura de Julián Juderías que había publicado *La leyenda negra* en 1914 con sucesivas ediciones en los años siguientes¹⁸, frente a vivencias de los años segovianos de fuerte contenido emocional y patriótico. Sin duda, la conmemoración de los comuneros el más importante, ampliado con certámenes poéticos en los que intervenían su padre y el llamado grupo de los poetas.

A Morente, por ejemplo, le escuchó decir que “...la Historia no surge espontáneamente. Somos los hombres los que la hacemos y, por lo que afecta a España, debemos procurar todos darnos cuenta de esta última verdad para evitar así que otros pueblos más avisados, nos hagan seguir un camino contrario a nuestros ideales y a nuestras conveniencias”¹⁹; D’Ors aludió al carácter amable y buen decir que debía practicar la filosofía; de la crónica de la intervención de Unamuno podemos subrayar aspectos que estarán muy presentes en la obra de Zambrano: Sánchez Barrado la subtítulo *No hay vida política en España por falta de respeto a la personalidad individual* y como entrada al resumen de la misma, tras la pregunta de qué se ha ido buscando en Unamuno, puso las siguientes palabras:

Esta Universidad Popular no ha venido a la existencia con fines meramente científicos y aparatosos. Es un anhelo de fundirse con el pueblo, una afirmación de que el pueblo tiene

¹⁷ Mora García, J.L., “Araceli Alarcón” en Moreno Yuste, Juan Manuel, *Segovia 1900-1936. Diccionario biográfico*, III, Segovia, Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, 2019, pp. 19-23.

¹⁸ Juderías, J., *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, Barcelona, 1914. Existe una edición de la Junta de Castilla y León, Valladolid, 2003.

¹⁹ *La Tierra de Segovia*, 16/1/1921, p. 4. *El Adelantado...*, 17/1/1921. Mora García, J.L., “La difusión de la Filosofía en la Universidad Popular de Segovia” en Albares, R, Heredia, A y Piñero, R. (coords.), *Filosofía hispánica y diálogo intercultural*, Salamanca, Universidad de Salamanca/Fundación Gustavo Bueno, 2000, pp. 347-362.

derecho a que se le forme y de que los que han tenido el beneficio de una cultura, han de acabar de formarse en y por el pueblo. Es la ciencia en cuanto curiosidad, orientación social, formación ciudadana, humanismo. Lo de menos es la materialidad de lo que se enseña, lo principal es el espíritu que lo anima, los propios maestros, quienes a través del pueblo y en el pueblo se buscan a sí mismos”²⁰.

Ya Américo Castro escuchó el diagnóstico sobre los problemas de España basado en su congénito *deficit* liberal. Tanto molestaron las conferencias de Castro que los sectores más conservadores quisieron fundar un ateneo alternativo a la Universidad Popular. Poco después don Américo escribiría su libro sobre Santa Teresa y de esos años es, también, su libro cervantino donde refrendó esa misma tesis. Coincidían con los juicios más pesimistas sobre España en la línea orteguiana.

En la misma Universidad Popular escuchó acerca del pensamiento regionalista a Luis Carretero, padre de Anselmo, uno de los fundadores de la revista mexicana *Las Españas* donde Zambrano escribiría un importante artículo a finales de los cuarenta. También a Ignacio Carral, profesor de filosofía poco conocido, que fue un hombre de Azaña.²¹ Es esta una dimensión del pensamiento regionalista poco atendida en los análisis sobre la obra de nuestra autora y, sin embargo, creo que es importante como puede verse en su artículo relativamente primerizo, “Castilla a solas consigo misma”²² y las reflexiones contenidas en *Delirio y Destino* sobre estos años finales de los veinte y comienzos de los treinta. No olvidemos que este grupo de amigos y discípulos que había dejado su padre en Segovia fueron quienes llevaron a Ortega, a Pérez de Ayala y a Marañón para que presentaran la Agrupación al Servicio de la República. Cobos estaría en el centro de las divergencias de Zambrano con Ortega y él mismo escribiría algunos artículos críticos con la posición política del catedrático de Metafísica. No había pasado tanto tiempo desde la creación de la Liga para educación social y de la FUE cuyos locales en Segovia inauguró uno de los catedráticos que tuvo Zambrano en el Instituto y no cualquiera sino, Agustín Moreno, un Andrés Laguna redivivo muy en la línea erasmiana tan cara a la propia Zambrano no sé si desde la publicación del libro de Fernando de los Ríos

Cuando Zambrano se incorpora a Madrid en aquel ambiente de los años postremos de Primo de Rivera formado por los maestros de la Facultad de Filosofía, pero, también marcando las primeras distancias con ellos, la reflexión sobre España se intensificó hasta situarse en el lugar central de su pensamiento y de su actividad.

²⁰ *El Adelantado de Segovia*, 22/2/1922, p. 1.

²¹ V. Quintanilla, M., *Ignacio Carral*, Segovia, Universidad Popular, 1936.

²² *Segovia Republicana*, 29.7.1931.

Zambrano sostuvo básicamente el mismo diagnóstico sobre la historia de España que escuchaba a sus maestros progresistas, aunque corrigiendo el pesimismo en el sentido de que no se trataba de un problema constitutivo sino histórico. Mas, claro está, después de aquellos años primerizos vino la República a la que fue tan fiel como crítica con sus deficiencias e insuficiencias, como vamos sabiendo poco a poco, y, luego, la guerra y el exilio.

El análisis de la historia de España se hizo más profundo y radical. Tanto los escritos inmediatamente anteriores a la guerra como los escritos ya durante la guerra son decisivos para entender su posición ante la historia y para entender las propuestas que por esos años comenzó a hacer y que desarrollaría en los siguientes. Sobre el famoso escrito F.E. ya se ha escrito y aún están apareciendo algunos documentos nuevos que abundan en la génesis del mismo. De la esperanza en esa primera propuesta de unidad y de su fracaso por lo “ambicioso y por ser tan ambicioso ligeramente peligroso”, según sus palabras dichas muchos años después; y “de la obra de los gobernantes de la República [que] dista mucho de corresponder a las esperanzas que abrigábamos cuantos peleamos con bríos por derribar la monarquía” probablemente nació la idea de que había que rehacer el camino incorporando elementos nuevos. (Entrevista con Luis Hernández Alfonso, 5 de marzo de 1931, texto que debo a la generosidad de Álvaro Garrido, estudiante mío de doctorado). El tono entero de la entrevista muestra un gran pesimismo.

Ahí debe situarse su apuesta por la editorial Panorama montada durante los meses en Chile, su edición de la obra de Lorca y el homenaje a los poetas chilenos, como recordábamos al comienzo. Era la apuesta por la gente o por el pueblo, referencia una vez y otra repetida en casi todos los escritos durante la guerra, tanto en “Los intelectuales en el drama de España” como en todos los demás textos publicados en *Hora de España* y otras revistas. Durante estos años, y en los siguientes, España es la protagonista de su pensamiento. Claro que aparece ya Europa, protagonista en la década siguiente, mas ahora como referencia no como finalidad; y claro que aparece ya la filosofía y aparece la literatura, pero como la tierra de los surcos sobre los que ha de florecer el pueblo español. Lo importante era la simiente —razón, pensamiento, reflexión, como quiera llamarse— pero lo más importante era la gente o el pueblo que son la vida misma. Si contáramos con un trabajo sobre las concordancias de la obra zambranianiana podríamos comprobar las decenas, o centenas, de veces que la palabra “España” aparece en la misma, en esta época, en la americana y luego en la italiana. En cada época con matices diferentes, pero en la misma dirección.

Hay dos textos que merecerían especial atención, “La reforma del entendimiento español” y “Misericordia”. Ambos vienen después de la primera redacción de “Hacia un saber sobre el alma”, publicado en diciembre de 1934 en *Revista de Occiden-*

te. Mostraba ya en ese artículo que la propuesta orteguiana era insuficiente y que lo eran aquellas que no proponían la superación de la pura razón moderna. Era, pues, expresión de la conciencia de las insuficiencias de la República y de la necesidad de incorporar un elemento de reactivación de la propia unidad filosófica, la de la poesía. Pues es la poesía la que muestra que las cosas son el límite del hombre. ¿No sería su desgajamiento la causa del fracaso? No basta la unidad de la conciencia, de la razón, es precisa la unidad con esas cosas que están al otro lado del hombre ¿No sería haber olvidado esta dimensión que muestra que al otro lado del entendimiento están las cosas la causa del fracaso? Spinoza y Nietzsche están ahí detrás de esta reflexión sobre la razón occidental que desarrolla en todos estos artículos. Pero enseguida incluye la historia y la novela para explicar la posición de España —y su fracaso— en este proceso, pero, también, para explicar sus posibilidades de regeneración. No recuerdo haber leído esta palabra en Zambrano, pero si nos referimos a su significado radical, volver a nacer, podría haberla utilizado. Mas solo se puede volver a nacer si contamos con la semilla, simiente, embriones que permitan volver a fecundar nueva vida desde la antigua. Giner lo había propuesto desde la educación; Unamuno recordándonos la pureza de un cristianismo agónico; Ortega desde la ciencia europea. Zambrano no olvida ninguna de estas propuestas, pero quizá ninguna había tenido en cuenta al pueblo y su capacidad para ser misericordioso y, por distintas razones, debió considerar que ni Unamuno ni Ortega habían acabado de sacar todo el partido que tuvo para su tiempo y, para el nuestro, la propuesta cervantina. Y, además, tuvo sensibilidad para darse cuenta de lo que aportaba esa recuperación, a su pesar o no, de los heterodoxos españoles llevada a cabo por el “historiador católico” como gustaba llamar a Menéndez Pelayo.

Era, pues, preciso salirse del surco trazado por la razón moderna y transitar por surcos distintos para, como un agrimensor, rehacerlos de nuevo y rehacer el mapa de la razón, la poesía, la novela y la historia. En este sentido, los artículos ya mencionados, “Reforma del entendimiento español” y “Misericordia” son básicos. La cercanía que en sus días había producido esta bahía santanderina entre el canario Pérez Galdós y el cántabro Menéndez Pelayo no le pasó desapercibida a nuestra andaluza, segoviana y madrileña, española, en definitiva. El novelista le había descubierto la subhistoria de España —al tiempo que Unamuno creaba el concepto— aunque Galdós y Zambrano con él hablaban en realidad de las entrañas que se esconden, por igual, en el interior del hombre y en los barrios ínfimos del cualquier ciudad, y le había descubierto, también, la capacidad radical de la misericordia, tan minusvalorada por el marxismo y el positivismo, por parecer ajena a la justicia y, sin embargo, ser imprescindible para la supervivencia física y moral cuando el Estado y sus columnas se han derrumbado. La novela del mismo nombre, publicada en

1897 por Pérez Galdós, sirvió a Zambrano para una reflexión profunda y clave para entender la historia de España, pero, sobre todo, para crear un horizonte de futuro. El perdón de Benigna a Juliana —Julián el apóstata— era clave para comprender cuál había de ser el futuro de la nación.

Y lo era la recuperación de los heterodoxos y disidentes. En muchos lugares mencionó el nombre del escritor montañés desde estos primeros escritos, pero, sin duda, es en *Delirio y destino* cuando se sincera más. Habla ahí del “historiador fervoroso y objetivo de los heterodoxos, de todos los heterodoxos habidos en España”. Si Galdós le había permitido descubrir la misericordia, virtud más fuerte aún que la piedad descubierta en Cervantes, Menéndez Pelayo le permitía comprender a ella, aunque no fuera el propósito explícito de esa historia de heterodoxos —quién sabe si no lo fue implícito—, que lo imprescindible era incorporarlos a la historia de España. “Si se pudiera rescatar —escribirá Zambrano— a los heterodoxos. ¿Tendrá que ver el anarquismo con el quietismo, con el iluminismo, aquellas herejías que tan honda pasión de comprender, con tan honda simpatía, a pesar de todo, había escrutado el historiador católico? Ahora comprendía, sentía que el ortodoxo historiador estudió los heterodoxos por estudiarles a ellos quizá, a los anarquistas de todos los siglos de la historia de España; a llegar a entenderlos sería desentrañar la vida española.”²³ Claro, solo hay un después si ha habido un entonces, el título de aquella novela primeriza no encontrada de cuya existencia sabemos por la carta a Quintanilla, escrita hacia 1933, sobre sus tiempos segovianos, recordados cuando puso prólogo a la edición de “Los intelectuales en el drama de España” de 1977²⁴. Solo hay futuro si ha habido pasado. Y lo había, pero era preciso rescatarlo de las entrañas de la historia y de las entrañas del pensamiento. Había que pensar de otra manera y no solo desde la unidad del ser sino desde aquellos que no han sido mucho tiempo pero... han de ser. La guerra deja todo al desnudo y nos permite ver unas entrañas que no podrían ser vistas en las circunstancias que llamamos normales.

Claro es que poco después de caérsele España se cayó Europa. La agonía no era ya solo de una España —como la llamó Isabel Oyarzabal en su intervención en la convención del partido laborista inglés en 1936 junto a Jiménez de Asúa— que buscaba salvación en Europa²⁵. Ahora, años cuarenta, era la propia Europa la que

²³ Zambrano, M., *Delirio y destino. Los veinte años de una española*, Madrid, Horas y horas, 2011, p. 85.

²⁴ Zambrano, M., “Correspondencia entre María Zambrano y Mariano Quintanilla”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, 15, 2010, p. 215. Para la edición de Hispamerca (1977) de *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939)* escribe un prólogo largo titulado: “La experiencia de la historia (Después de entonces)”, pp. 7-21.

²⁵ *Speech* ante el Partido Laborista Británico junto a Jiménez de Asúa publicado bajo el título *The agony of Spain. Socialist Appeal to British Democracy*. Se publicó en el *Daily Herald*. Antecedía este título a los artículos que bajo el título *El ocaso de Europa* publicaría años después el cubano Alejo Carpentier (1941) y a los artículos que bajo el título del primero ellos, “La agonía de Europa” publicaría la propia María Zambrano.

agonizaba. La mención a Europa no era ya un referente como lo había sido en su maestro Ortega o en ella misma, era ahora el objeto mismo de reflexión. La crisis era, pues, más grave para la gente y para la razón misma. Había que afrontar el fracaso desde un horizonte histórico más amplio, había que remontarse al origen de los tiempos para buscar una explicación y había que extender la geografía para saber que la ciudad, las ciudades se habían vuelto ausentes y hasta desahuciadas y remitían a un horizonte apenas perceptible. Se había quedado sin lugar, como dejó dicho a su madre y hermana en la carta antes mencionada o como escribió en 1961 en su “Carta sobre el exilio” y luego al final de su vida, aunque estuviera de nuevo en España. No era un problema solo individual, lo era colectivo y lo era del pensamiento de nuevo y lo era a gran escala.

Pero ni en estas circunstancias renunció a la esperanza. Creo, por ello, que acierta Jesús Moreno al titular su nota aclaratoria de la edición sobre *La agonía de Europa* como “Europa, un lugar de la esperanza”²⁶, pues ese es el ensayo central de los publicados en estos años, siendo el primero, el que da título al libro, solo el diagnóstico.

Creo que, al afrontar Zambrano el fracaso como forma radical de la esperanza, fijó el núcleo de su pensamiento. Era una propuesta de riesgo pues la esperanza es una virtud teológica que se necesitaba tomar prestada para la filosofía, desde la experiencia religiosa, para convertirla en “virtud” antropológica y, por consiguiente, histórica. Mas, claro está, es que no hay propiamente vida humana e historia, ambas solo pueden serlo racionales, sin esperanza. No hay nada más contradictorio que una razón sin esperanza, es decir, “desesperada” porque, sencillamente, es la negación de la razón misma.

Así pues, era preciso volver a la filosofía a la que no había renunciado desde que decidió dedicarse a ella. Pero había que hacerlo ahora poniéndola ya no solo como parte de la tierra a la que dan forma los surcos, sino que había que desarrollar, hacer crecer un proyecto nuevo de filosofía para España, para Europa. No creo que llegara a conocer América lo suficiente, a pesar de algunas aproximaciones en comentarios breves o en cartas intercambiadas con americanos, o en su “Isla de Puerto Rico”. Hemos de entender que su propuesta era incluyente como es lógico.

No es que haya momentos cero en su trayectoria pues sabemos que las conferencias dadas en México, casi nada más llegar, estaban ya pensadas al igual que su libro sobre Unamuno, sus cursos sobre Ortega, etc., etc. pero es a partir de estos años cuando muestra un pensamiento más desarrollado como reflexión que abarca todas las dimensiones, incluidas las que se refieren a la filosofía propiamente dicha, a la

²⁶ Zambrano, M., *La agonía de Europa*, edición y prólogo de Jesús Moreno Sanz, Madrid, Trotta, 2000.

literatura, a la educación, a la política y a la condición humana como realidad, por decirlo de una manera redonda. Ahí quedan su “Pensamiento y poesía en la vida española”, “Filosofía y poesía”, “El hombre y lo divino”, “Persona y democracia”, “Los sueños y el tiempo”, “El sueño creador”, sus reflexiones sobre el exilio, las complejas relaciones entre la verdad y la esperanza sobre las que escribió en “Los bienaventurados”, hasta los libros algo problemáticos de los últimos años. O esa meditación transversal en el tiempo, transversal hasta como género literario que es *Delirio y destino*. En fin, también es verdad que la lejanía en el tiempo y la distancia física hacen que las cosas y las circunstancias queden reducidas a realidad pensada. En el caso de un exiliado esta experiencia se vuelve radical como lo prueban los textos del periodo posromano hasta el final.

Y es radicalmente humano que experimentara que el río Manzanares del regreso no fuera el mismo que antes de su ida. Por eso la filosofía ocupa el espacio físico –lugar a secas– que ha quedado semivacío o vacío del todo y el espacio psicológico o el subjetivo que lo llena ahora todo pues es la única realidad. Mas quizá esa tragedia humana desde un punto de vista individual es la base de la universalidad que muestran y transmiten su persona y su pensamiento pues es el desprendimiento la base de la misericordia que consiste en pensar para los demás, poniendo al servicio del lector la experiencia propia.

Tomando estas reflexiones como base me fijaré aquí solamente en dos textos que son importantes, no solo para entenderla a ella sino para entendernos a nosotros, como sugería en el párrafo antes mencionado de *Delirio y destino*. Para entender nuestro tiempo en el que hemos de transitar por surcos cruzados cuando constatamos la crisis de las “Humanidades” que es, con seguridad, crisis de la sociedad misma.

La revista *Las Españas* que fundaron Manuel Andújar y José Ramón Arana en 1946, una de las más importantes y de más larga duración del exilio español en México incluía, dos años más tarde (1948), un artículo de María Zambrano titulado “El problema de la filosofía española”. Es uno de los recogidos en la edición de James Valender y Gabriel Rojo Leyva: *Las Españas. Historia de una revista del exilio (1946-1963)*²⁷. Por hacerlo de manera muy esquemática resumamos mencionando las principales afirmaciones: Primera, que “de todos los problemas que nos plantea la vida española y su singular historia, ninguno tan decisivo como el de su problemático pensamiento”. Segunda, que la Filosofía occidental con su diversidad de doctrinas y de “sistemas” responde a una honda necesidad de la mente, y más allá de la mente, de su vida que dirige y guía la mente”. La tercera se formula en forma

²⁷ El Colegio de México, 1999, pp. 608-614. El artículo está firmado en 1948.

de pregunta: “¿Estarán íntimamente ligadas la forma de pensamiento que llamamos Filosofía con la aspiración suprema que llamamos libertad?”. La cuarta remite al problema tantas veces planteado sobre la existencia o carencia de Filosofía en España de la que, sostiene Zambrano, don Marcelino (así le llama) hace “un acto de fe apasionada, un voto que deseáramos ver cumplido, pero que no podemos aceptar en principio...”. Esta afirmación se ramifica en varios argumentos que continúan los mantenidos por Ortega acerca de la vigencia de las ideas —ideas vigentes— que se expresan en continuidad y no de manera aislada. La quinta nos conduce a una importante afirmación: el problema radica en la discontinuidad del Estado que ha arrastrado a la discontinuidad de la Filosofía. Surcos discontinuos tal como ella los percibía desde la enseñanza de sus maestros, desde aquellas conferencias de Américo Castro en Segovia a lo sostenido por Ortega en *Meditaciones del Quijote*. Tan solo la pintura —dirá— se habría salvado de la discontinuidad en el pensamiento español. Sexta: excepto Suárez no habríamos tenido pensamiento sistemático; la filosofía española anda “errante” o dispersa en “los lugares más insólitos y alejados del sistema haciendo imposible el cumplimiento de esas cualidades que la filosofía necesita: la continuidad y la vigencia”. Séptima: sin ellas la filosofía carece de unidad y carece, por consiguiente, de poder en la construcción del Estado. Es esta una cualidad de toda la filosofía occidental. Si es verdad que ha habido filosofías que han respondido a un “amor violento hacia la unidad”, ha habido otras que han sido liberadoras: Platón, Plotino, Spinoza... El poder en España no se habría asentado sobre bases filosóficas como estas y, aunque Zambrano no lo explica, podríamos sostener que lo habría hecho sobre bases no suficientemente racionales. Así pues, es verdad que la filosofía puede conducir a un tipo de unidad violenta, pero puede ser, ha de ser, la base de la libertad, para ello ha de ser reformulada. La carencia, sin más, nos situaría en la irracionalidad y el riesgo de esa imposición del poder violento nos muestra la necesidad de la razón. A esta tarea dedicó Zambrano todo su esfuerzo.

Esa doble experiencia es transmitida por la historia a pesar de los pesares: el riesgo consumado de la violencia y la apertura a una reforma del entendimiento humano, como tituló aquel viejo artículo ya mencionado. La reflexión adquiriría su sentido radical desde el exilio pues hacía más evidentes el desastre y el hermetismo de una sinrazón que había llevado a las guerras y a la guerra de la propia España.

Octava: por eso Zambrano propone, tras un diagnóstico preciso, que había que remontarse a aquel viejo tiempo, el de nuestro “renacimiento”, cuando la filosofía pudo haber “tomado uno de los primeros planos de nuestra vida”, y, sin embargo, haber quedado interrumpido, dejando un reguero de heterodoxos, es decir, de excluidos impidiendo que el Estado se pudiera completar. Claro, ella pensaba que, propiamente, no hay Estado con excluidos. Y esa interrupción ha-

bría excluido también a la filosofía misma. El proceso había quedado truncado en sus mismos orígenes.

Novena: finalmente, busca reconocer quiénes habrían iniciado la reconstrucción. Sitúa a Unamuno y a Ortega como sus máximos hacedores, de manera muy distinta ciertamente, pero hacedores ambos. Atribuye al primero la recuperación de la existencia humana y le reprocha haber situado a la filosofía en el campo de la tragedia; mientras, atribuye a Ortega la propuesta de buscar una salvación en la luz del conocimiento que habrá de encontrar “la plenitud de una Filosofía española realizada universalmente desde los supuestos y circunstancias de la intrincada vida española, del centro mismo de nuestro laberinto.”

Artículo problemático, ciertamente, en algunos juicios y diagnósticos que podemos cuestionar desde nuestro tiempo. Sobre todo, por el mantenimiento de tópicos que defendieron sus maestros del 14 y por la simplificación que supone sostener que no había habido intentos de reconstrucción hasta Unamuno. Difícil que tuviera acceso a lo defendido por Gaos desde los cuarenta; a algunas de las reflexiones de Ferrater Mora, de Imaz, colaborador, por cierto, en la misma revista un par de años después con un artículo sobre el humanismo y, por tanto, bien próximo a Zambrano en este sentido. Ello le habría permitido incluir ciertas precisiones.

Quizá las limitaciones de espacio que le pusiera la revista y su propia situación personal en unos años bien difíciles explican su esquematismo. Quizá no eran posibles en ese momento, quizá lo hubieran sido en otro tiempo como forma de superar los surcos discontinuos. Pero el artículo muestra descarnada y lúcidamente cómo veía ella algunas cuestiones que afectan a la filosofía y a su lugar en la construcción del Estado, a sus recíprocas relaciones y a la necesidad inexcusable de que debe ocupar el lugar correcto desde la circunstancia a la universalidad sin negar la primera y sin construir en el vacío la segunda. La historia queda irremediadamente como fondo y esto es lo que debió aprender de su maestro Ortega y Gasset. O sea, que sin historia no hay filosofía que valga. Por ello, la mención a Menéndez Pelayo no es casual como seguramente no lo es la circunscripción del protagonismo conferido a Unamuno o a Ortega. Claro es que cuestiones que hubieran matizado el concepto de unidad del Estado con el uso de otros como unión, más funcional, no eran posibles en aquellos años entre la mayoría de los exiliados, excepto algunos de ellos como Gaos o Ferrater. Claro que en la España de Franco era imposible más aún, hasta el punto, como señalaba un artículo de José M^a Ruiz Soroa²⁸, que “el franquismo contaminó y dejó hecha unos zorros la identidad nacional española, de manera que la actual inseguridad y falta de autoestima del español medio en relación

²⁸ *El País*, 16.4.2016.

con su nacionalidad deriva de ese pasado”. No es menos cierto que ha servido para legitimar que no se haya vuelto a nuestra historia previa al franquismo, revisando también concepciones de nuestras élites culturales y políticas, pero, no menos, proyectos de nación que estaban a punto de consolidarse. Esto nos lleva, simplemente, a mencionar que mucho podría decirse a este respecto sobre el papel de la filosofía académica y sus complejos en el último medio siglo. María Zambrano, al menos, lo planteó desde la honestidad, dejando la vía abierta, esperanzada, de que “la Filosofía española prosigue su empeño de rescatar, de dar libertad al espíritu encerrado en el laberinto de nuestras vidas”.

En 1956²⁹, la *Revista mexicana de Literatura*, fundada por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo y de la que luego serían colaboradores el propio Luis Villoro y Ramón Xirau, dedicó su número 8 entre otros temas, a las respuestas dadas a la pregunta formulada por Fuentes, meses antes, en los siguientes términos: “¿Cuál es la función que la literatura creativa y los escritores pueden desempeñar para la construcción de una sociedad *radicalmente humana*?” Respondieron Américo Castro, Blanco Aguinaga, Tomás Segovia, Kuo Mo-Jo de la Academia de Ciencias de China, José Luis Martínez Rodríguez, quien llegaría a ser director de FCE, profesor de Literatura en la UNAM, muy reconocido y premiado internacionalmente, incluida la medalla de honor de la Universidad Internacional de Santander en 1993, que escribió sobre hispanismo e indigenismo...

Entre esas respuestas estaba la de María Zambrano que envió desde Roma tres páginas dignas de ser releídas despacio. Lo que me interesa resaltar ahora, a manera de conclusión de esa su propuesta radical, es la referencia al problema nuclear de las relaciones entre Filosofía y Literatura, la tensión entre la unidad y la multiplicidad con el fondo del riesgo de totalitarismos y la necesidad de mantener una sociedad “radicalmente humana”, es decir, personal y democrática. Por ese año debía escribiendo Zambrano el libro que alude a ambas realidades como demandadas recíprocamente. Debía María Zambrano darle vueltas todavía, en compañía de los intelectuales italianos, al problema de los totalitarismos y las exigencias planteadas por la filosofía que “ha nacido de un hallazgo, de una revelación. Mas su primera, tiránica exigencia ha sido hacerla pasar por el sendero del tiempo sucesivo, es decir: introducir en su lleno el vacío, la discontinuidad.” No es menos cierto, señala, que “gran parte de la Poesía —lírica, dramática o novelesca— seguía la inspiración de ciertos dogmas de la fe y aun acudía a sostenerlos”. Siguió a ella una literatura que corresponde a la sociedad burguesa “cuya ética comenzó siendo la de la justificación

²⁹ N. 8. Noviembre-diciembre, 1956, pp. 33-37. La respuesta de María Zambrano está firmada en Roma, octubre de 1956.

y ha pasado a ser la de la eterna explicación.” Todas ellas eluden el abismo, una palabra que se ha convertido en clave al demarcar un territorio que trata de librarse de lo que está al otro lado. Y al otro lado está la existencia real, individual que necesita realizarse no de acuerdo con compromisos preexistentes o no solo de acuerdo a ellos. Existe el “sueño lúcido y compartido, revelación nacida de ese lugar secreto en que las fronteras del yo y de lo otro —de lo humano y de lo cósmico— se entrecruzan, la poesía, todo arte, ha de rescatar la sociedad ‘enajenada’ y al individuo en ella perdido, por ella desamparado.” Limemos la retórica zambrana y quedémonos con su apuesta por la supresión de los saberes que reducen, que cierran, que encorsetan, sea un modelo de filosofía o lo sea de literatura y apostemos, nos pide, por modelos humanos que no eludan ni la razón ni la multiplicidad que pertenecen al hombre y a la sociedad. “¿Podrá a ello renunciarse?”, se pregunta. La respuesta que se da es la siguiente: “El mundo se vuelve plano, esquemático, fragmentario cuando faltan o no son consumidos pensamiento, poesía, novela. Justamente eso es lo que el totalitarismo moderno pretende: reducir la sociedad a un solo plano, el visible, y el hombre a un esquema o a una cifra... [...] Es lo que diferencia al moderno totalitarismo de los antiguos absolutismos que solo vigilaban el pensamiento.” Recuérdese que esto fue escrito en 1956 pero podría ser un diagnóstico perfectamente adecuado de la crisis presente. Claro es que Zambrano no nos dice en qué proporción deben darse los elementos para mantener la sociabilidad y la individualidad que hagan viable al ser humano: llegó hasta estas palabras que le escribió a Pablo de Andrés Cobos:

El intelectualismo occidental creciente a partir del Renacimiento, es decir, no Giordano Bruno no era, a partir del siglo xvii ha ido restringiendo los órganos o canales del conocimiento. Y como contrapartida surgieron los empirismos a la letra, los sensualismos, los materialismos, etc. etc.; ahora el estructuralismo que nos quiere persuadir de que no hay creación —“poiesis”— sino estructura encarceladora [...] desde la primera línea que yo haya escrito y concretamente desde “Hacia un saber sobre el alma” —Revista de Occidente año 34, me parece— pido, clamo por un saber más amplio en el que la conciencia, la Razón, haga suyos otros saberes irrenunciables como los de la poesía, las religiones, la mística... en fin que el conocimiento torne a recoger la revelación, las revelaciones todas. Me costó grandes sinsabores la publicación de este ensayo. Y la de “Filosofía y Poesía” ... [...] Lo que no impide que otros consideren que mi pensamiento no hace más que seguir el de Ortega o al de Ortega. Y en verdad siendo discípula suya, como lo soy antes que, de él, de mi Padre, he caminado siempre por mi cuenta, debiéndoles siempre y siguiendo a mi Padre íntimamente, sin poder remediarlo³⁰.

³⁰ Andrés Cobos, S. y Mora, J.L. (eds.), *De ley y de corazón. María Zambrano Alarcón. Pablo de Andrés. Cartas (1957-1976)*, op. cit., pp. 263-64.

Esta confesión cierra la cadena de la que hemos hablado tras transitar por surcos discontinuos. El grito defensor de la libertad creadora se complementa con aquella otra confesión que era también un grito manifestado en la carta a Carlos Dieste publicada por José Luis Axeitos y que la fija para una fecha bien temprana, en los tiempos de las “Misiones Pedagógicas” (1933):

Pues le decía que he tenido miedo a quedarme sin raíces y me quise uncir a la realidad, y digo uncir, porque en efecto yo iba tirando de ella, hermanada, maridada con ella, pero sin pesadumbre. Ahora ya sé que en el mundo de la imaginación también había raíces, con tal que sea un mundo denso, con atmósfera, con sentido.

Ahora Descartes, Husserl me requieren, no me dejarán vivir hasta que antes me ellos me justifique. Pero yo no me salvaré por ellos, sino por encima –por debajo– de ellos. Quiero arrastrarlos hasta mi, quiero encontrar el barro, la tierra, el sudor, primero bajo esa Filosofía alta, porque en todo, en todo, está la tierra.

Será, unos años después (7 de noviembre de 1944) cuando le confiese ya abiertamente:

Hace años en la guerra sentí que no eran “nuevos principios ni una reforma de la Razón”, como Ortega había postulado en sus últimos cursos, lo que había de salvarnos, sino algo que sea razón, pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética es lo que vengo buscando. Y ella no es como la otra, tiene, ha de tener muchas formas, será la misma en géneros diferentes.³¹

Tierra y libertad. Un buen lema para la filosofía atenta a las raíces invisibles en la tierra y el pensamiento dispuesto a germinar. Más digámoslo con las palabras de la propia Zambrano que pidió prestadas a la protagonista de *Misericordia*: “El hambre y la esperanza”, o sea, la necesidad, todas las hambres y necesidades que se sienten cuando hay esperanzas de que pueden ser saciadas. Ahí, en ese punto de conflicto se sitúa, a mi manera de ver, la filosofía zambraniana. Humana, radicalmente humana.

³¹ Zambrano, M., “Los archivos de Dieste”, ed. de José Luis Axeitos, *Boletín Galego de Literatura*, 1991, pp. 93-103.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANDRÉS COBOS, S. y MORA, J.L. (Eds.), *De ley y de corazón. María Zambrano Alarcón. Pablo de Andrés. Cartas (1957-1976)*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2011.

MORA GARCÍA, J.L., “María Zambrano. Una filosofía para afrontar el fracaso”, *Aurora*, 16 (2015), pp. 52-64.

ZAMBRANO, B., *El arte de resumir. Resumen de la Historia del pueblo griego. Discurso de apertura del curso académico 1910-1911*. Introducción, edición y notas de Luis Miguel Pino. Prólogo de José Luis Mora, Madrid, Ed. Clásicas, 2015.

ZAMBRANO, M., *Delirio y destino*, O.C., VI. Ed. Jesús Moreno, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 843-1098.

ZAMBRANO, M., *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, edición de Jesús Moreno Sanz, Madrid, Trotta, 1998.

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2020.25.001>
Bajo Palabra. II Época. Nº25. Pgs: 31-54